

***Homenaje a la Profesora  
María Luisa Picklesimer***  
(*In memoriam*)

**M.a Nieves Muñoz Martín, José A. Sánchez Marín (eds.)**

IMPRESA DA UNIVERSIDADE DE COIMBRA  
COIMBRA UNIVERSITY PRESS



## CONSIDERACIONES SOBRE LA SÍNCOPA DE –Ī Y –Ŏ EN SÍLABA FINAL CERRADA EN LATÍN.

MARINA DEL CASTILLO HERRERA  
*Universidad de Granada*

La desaparición de vocales –Ī y –Ŏ en sílaba final cerrada es uno de los exponentes de un proceso frecuente ya en itálico, cual es la síncopa.

Aunque el origen de la síncopa pudiera estar en el acento de intensidad inicial característico del itálico, establecer cuándo se produce no resulta fácil, sobre todo porque a igualdad de condiciones no siempre tiene lugar.

El problema se agrava si el fenómeno se considera en sílaba final, donde la tendencia fonética podría verse frenada o corregida por la importancia morfológica de la última sílaba de la palabra. Merece, pues, la pena considerar la pérdida de vocales breves en sílaba final, en este caso cerrada, qué hay de fonético y qué de morfológico en los casos implicados y si atendiendo a una y otra perspectiva se puede hablar de un comportamiento coherente, conforme a unas pautas, de la lengua latina.

La complejidad de los hechos la demuestra el planteamiento del problema en los tratados de fonética, donde o bien se insiste en el carácter no generalizado o incluso esporádico del fenómeno<sup>1</sup> o bien, aun cuando se señalan unas determinadas condiciones que lo propician<sup>2</sup>, se tienen que reconocer las excepciones, sin que además en muchos casos se recojan todas.

Por otro lado, dadas sus repercusiones morfológicas, el fenómeno puede abordarse en la parte de fonética de un manual o directamente en la de morfología.

1. Es frecuente tratar conjuntamente la desaparición de –Ī y –Ŏ en las secuencias –rŏs /–lŏs, –rĭs/ –ĭs y en la secuencia –ĥs<sup>3</sup>. Por lo que a nosotros respecta, nos ocuparemos de ellas separadamente.

Respecto a los finales –rŏs /–lŏs, –rĭs/ –ĭs, se puede decir que la síncopa tiene lugar cuando la secuencia va precedida por consonante o cuando la secuencia va precedida por una sílaba breve siempre que se trate de una palabra de tres o más sílabas. Es decir:

a) –Cns. –rŏs /–lŏs: \*agros > AGER, \*nigros > NIGER

-Cns.  $-r\check{s}/-ĥs$ : \**imbris* > IMBER, \**acris* > ACER

b)  $\Sigma^4 - \Sigma$  (breve)  $-r\check{o}s / -\check{l}\check{o}s$ : \**puēros* > PUER, \**famūlos* > FAMUL  
 $\Sigma - \Sigma$  (breve)  $-r\check{s} / -ĥs$ : \**celēris* > CELER, \**vigīlis* > VIGIL.

Así establecido, el corolario de lo que decimos es doble o incluso triple:

c) en estos grupos no se produce la síncope cuando, en efecto, precede una sílaba breve pero, en cambio, se trata de un bisílabo<sup>5</sup>. Es decir,

$\Sigma$  (breve)  $-r\check{o}s / -\check{l}\check{o}s / -r\check{s} / -ĥs$ : MĕRUS, FĕRUS

d) en estos grupos no se produce la síncope cuando, en efecto, se trata de un trisílabo pero, en cambio, precede una sílaba larga<sup>6</sup>. Es decir,

$\Sigma - \Sigma$  (larga)  $-r\check{o}s / -\check{l}\check{o}s / -r\check{s} / -ĥs$ : SECŭRIS, AVĕRUS, SEVĕRUS, así como los adjetivos del tipo FIDĒLIS y todos los adjetivos en -TŭRUS como MATŭRUS.

e) Comprobamos que tampoco se produce la síncope de la vocal breve cuando precede una sílaba larga, no sólo en los trisílabos sino también en los bisílabos<sup>7</sup>. Es decir,

$\Sigma$  (larga)  $-r\check{o}s / -\check{l}\check{o}s / -r\check{s} / -ĥs$ : VĕRUS CLĀRUS, PŭRUS, así como MOLLIS.

f) Consideración aparte merecen los grupos  $-r\check{o}s$ ,  $-r\check{s}$  de origen secundario, es decir, donde la *r* procede de una *s* rotatizada, como UMERUS < \**omesos*. En este caso, aunque se den las condiciones arriba descritas, no se produce la síncope de la vocal.

2. En cuanto a los finales en  $-ĥs$ , a los que en algunos tratados se añaden los finales en  $-ĉs$  o  $-b\check{s}$ , se ha señalado repetidamente que la síncope de la *ĥ* se produce, al contrario que en los casos d) y e), cuando se trata de:

g) un bisílabo y la sílaba precedente es larga<sup>8</sup>. Es decir,

$\Sigma$  (larga)  $-ĥs$ : \**mortis* > MORS, \**dōtis* > DOS, \**lītis* > LIS o \**falcis* > FALX<sup>9</sup>.

Así establecido, el corolario de lo que decimos es doble:

h) la síncope de la *ĥ* no se produce cuando, en efecto, se trata de un bisílabo pero la sílaba precedente es breve. Es decir,

$\Sigma$  (breve)  $-ĥs$ : SĪTIS, CŭTIS, PŏTIS

i) la síncope de la ĭ se produce cuando la sílaba precedente es breve pero se trata de un trisílabo. Es decir,

Σ - Σ (breve) -ĭs: \*intercŭtis > INTERCUS, \*impŏtis, \*compŏtis > IMPOS, COMPOS.

Constituirían claras excepciones a g) formaciones como VĭTIS ORBIS VECTIS HOSTIS RESTĪS PISCIS COLLIS entre los sustantivos y FORTIS, DULCIS o TURPIS, entre los adjetivos<sup>10</sup>.

Aunque nuestro intento de sistematización recoge nada menos que nueve contextos diferentes y parece insistir, una vez más, en la complejidad del fenómeno, es preciso recordar que de ellos el tipo f) es de naturaleza diferente a los demás y que, de momento, de los restantes, c) y d) son complementarios de b) y, por su parte, h) e i) son complementarios de g)<sup>11</sup>. Dicho de otro modo, nuestra propuesta recoge en el fondo no más de tres contextos diferentes, que es nuestra intención relacionar.

3. Es cierto que los casos a) y b) son de naturaleza distinta. En cambio, creemos que a) *ager* guarda afinidad con c) *fĕrus*, con g) *mors* y h) *cŭtis*. En todos estos casos la síncope se produce siempre que el resultado no sea un monosílabo breve o, si se quiere, de una determinada estructura prosódica<sup>12</sup>. En el tipo *ager* la secuencia de consonante más *r* de la formación originaria conforman un contexto propicio para el desarrollo de una vocal de anaptix que restituye el número de sílabas y que, por lo tanto, impide la formación de un monosílabo. En el tipo *mors* es el carácter largo de la sílaba precedente lo que hace posible la síncope porque, aunque el resultado sea un monosílabo, se trata de un monosílabo largo. El caso de *fĕrus* y el de *cŭtis* son idénticos: la síncope, de producirse, habría dado lugar a un monosílabo †fĕr o †cŭs, cuya estructura prosódica pudiera ser diferente a la de *mors*.

Sería tentador considerar que la síncope se producía o no en función de que el resultado fuera un monosílabo que se conformara a las condiciones requeridas por el acento latino<sup>13</sup>: en este caso en concreto, en función de que el resultado fuera un monosílabo largo; pero, si esto es así, es necesario plantearse cuándo un monosílabo es efectivamente largo.

No cabe duda de que son largos los monosílabos cuyo núcleo silábico es largo. Según Allen<sup>14</sup>, por ejemplo, también lo son los que están formados por una vocal breve cerrada por consonante. Por los resultados de los procesos fonéticos sufridos por el latín, éste parece ser el caso de monosílabos formados por una vocal breve cerrada por oclusiva. En efecto, la forma *dāt*, genuina, no

parece haber planteado problemas en latín y, por la misma razón, la forma *dēt* puede sufrir igualmente sin problemas la abreviación en *dēt̄*. En la misma línea, *rēm* pudo sufrir la abreviación en *rēm̄* que, aunque difícil de probar en el verso, parece demostrada por el romance (francés *rien*) y aparece recogida por los gramáticos (*GLK* II 23, 13)<sup>15</sup>.

Diferente es, en cambio, el comportamiento de los monosílabos formados por una vocal breve cerrada por consonante continua y diferente podría ser, por tanto, su estatuto. En efecto, aunque hay otras explicaciones<sup>16</sup>, se suele admitir que la 2ª p. sing. del presente de indicativo del verbo *do* era *dās* y que por ello alargó ya en época preliteraria en *dās*<sup>17</sup>. Por la misma razón, palabras del tipo *fūr*, *cūr*, *pār*, *sōl*, *sāl* no habrían llegado ni siquiera a experimentar la abreviación a la que tendían los polisílabos terminados en *-r* o *-l*<sup>18</sup>.

Sea como sea, desde época preliteraria, la lengua latina aceptó monosílabos del tipo *dāt* o la abreviación de monosílabos del tipo *rēm* en *rēm̄* y, ya en época literaria, la de monosílabos del tipo *dēt* en *dēt̄*. En cambio, parece no haber tolerado monosílabos del tipo *dā* o *dās*, que ya en época preliteraria podrían haber alargado en *dā* o *dās*, o la abreviación de *fūr*, *cūr*, *pār*, *sōl*, *sāl* en †*fūr*, †*cūr*, †*pār*, †*sōl*, †*sāl* ni cuando en época literaria lo hicieron los polisílabos del tipo *amōr* o *uxōr*, terminados de la misma manera, ni después. Con este panorama de fondo, un resultado †*fēr* (< *ferus*) sería disonante de estructuras prosódicas del tipo *fūr*, *cūr*, *pār* y un resultado *cūs* (< *cūtis*), de estructuras del tipo *dās*.

Creemos que la ausencia de dobles en *-r* en el nominativo de los monosílabos de tema en *-s* puede ser un buen ejemplo de las reticencias del latín a una forma sincopada de *ferus*. En efecto, frente a los bisílabos de tema en *-s* del tipo *arbōs* u *honōs*, con un nominativo anológico de los casos oblicuos análogo en *-r* *arbōr* u *honōr*, nominativos del tipo *flōs* o *mōs* no contaron en latín con la forma alternativa *flōr* o *mōr* (o *flōr* o *mōr*).

Desde nuestro punto de vista, el adverbio *ter* < *\*tris* no constituye una evidencia en contra si, como demostraría el derivado *terruncius*, se trata de un ejemplo de mantenimiento de una doble *r*, no simplificada aún en Plauto (*Bacch.* 1127), donde probablemente es largo. Problema diferente es determinar por qué ello es así en este caso y no en el de los polisílabos terminados en *-er*, procedente de *-ros* o de *-ris*, cuya sílaba final nunca hizo posición. Quizá la diferencia se deba a que *ter* es el resultado de un proceso de metátesis *\*tris* > *\*tirs* > *terr* y no de síncopa<sup>19</sup>.

En relación con el mantenimiento de consonantes geminadas en final de palabra, quizá debemos plantearnos, en cambio, por qué no se dio la forma †*cuss* < *cuts* < *cutis* de forma paralela a lo que sucedió con *miless* < \**milets*, todavía documentado en Plauto. La razón podría estar de nuevo en que cuando se trata de una síncope no se pasa por un estadio de doble consonante final, como hemos visto que sucedía con los polisílabos terminados en *-er*, procedente de *-ros* o de *-ris* o como sucede en el propio caso de *impos* o *compos* < \**impōtis*, *compōtis*.

Queda pendiente el caso e) *vērus*. En efecto, no parece que †*vēr* procedente de *vērus* no tenga una estructura aceptable desde el punto de vista prosódico. De hecho, contamos con estructuras equiparables como *fūr*, *cūr*, *pār* o la propia forma de nominativo de *vēr*, *vēris* “primavera”. Descartada la justificación prosódica, puede que la explicación de que no se haya producido la síncope sea morfológica y que resida, en concreto, en el hecho de que el latín había asumido un modelo de adjetivos temáticos de dos o más sílabas, terminados en *-us* o a lo sumo en *-ēr*, por referencia al cual adjetivos del tipo †*vēr* (< *vērus*) o \* †*pūr* (< *pūrus*) o †*cār* (< *cārus*) serían anómalos, como en otro sentido, según veremos, lo sería †*mol(l)* (< *mollis*) entre los adjetivos de la tercera declinación.

Queda además justificada la aparente contradicción que suponía el caso g) *mors*, *lis* respecto del caso e) *vērus* que, a pesar de tener la misma estructura prosódica que los anteriores (un bisílabo con la primera sílaba larga), no sufre la síncope. Esta es la razón, por otro lado, de que hayamos considerado la síncope de la -ī del grupo *-ās* aparte.

4. Distinto de los anteriores es el caso b) *puer* (< \**puēros*) con el que creemos que están relacionados los casos d) *avārus* e i) *impos* (< \**impōtis*). En todos estos casos la síncope se produce siempre que el resultado no implique el cambio en la posición del acento o, si se quiere, una formación oxítónica. En el caso b) el trisílabo de la formación originaria tenía la penúltima breve, lo que significaba que el acento recaía en la primera sílaba, posición que mantiene también la forma sincopada. Lo mismo sucede en el caso i). En el caso d), en cambio, el trisílabo tiene la penúltima larga, lo que implica que ésta lleva el acento. De producirse la síncope el acento se tendría que haber retrotraído a la sílaba anterior para evitar una formación oxítónica.

5. Habría que explicar entonces por qué, en cambio, sustantivos como *animāle* sí sufrieron la apócope. En este caso la razón parece ser de orden cronológico: el latín admitió el acento en la última sílaba como resultado de la desaparición de la vocal final de una palabra acentuada en la penúltima

cuando tal desaparición se produjo en época posterior a la definitiva fijación del acento<sup>20</sup>.

Recordemos además que los adjetivos neutros de estructura fónica paralela, como *aequāle* o *fidēle*, no llegaron a sufrir la apócope. Así mismo, formas sustantivadas como *vectigal*, *capital*, *exemplar* convivían con las formas de adjetivo neutro no apocopadas *vectigale*, *capitale*, *exemplare* o con las de adjetivo masculino y femenino *vectigalis*, *capitalis*, *exemplaris*, cuya estructura prosódica no habría permitido en su día la síncopa y cuya función como adjetivos parece haberla frenado en caso de haber sido admisible, prosódicamente hablando.

En efecto, la misma proporción entre forma sincopada : nombre :: forma no sincopada : adjetivo parece darse, por ejemplo entre *volucer*, nombre, frente a *volucris*, adjetivo, donde no habría impedimentos prosódicos para la síncopa. En este caso, pues, la fonética se habría visto frenada por la morfología. Y es que la peculiar remodelación que operó el latín para configurar la tercera declinación como grupo flexivo unitario, a partir de temas diversos en su origen, cuales los temas en *-i* y los temas en consonante fue consecuencia de determinados procesos fonéticos, como, sin ir más lejos, la síncopa de la *ĭ* de algunos nominativos y su consiguiente confusión con temas en consonante, pero también de la reutilización de ciertas características de los temas en *-i* como marca de la flexión de los adjetivos<sup>21</sup>. Esto explicaría *volucris* (adjetivo) frente a *volucer* (sustantivo), *vectigale* (adjetivo) frente a *vectigal* (sustantivo) o, en otro sentido, que *fortis* o *dulcis* no hubieran sufrido la síncopa, a pesar de tener la misma estructura prosódica de *fors*, *mors* o *falx*. Explicaría así mismo el, al parecer, poco éxito de las formas en *-er* de los adjetivos en *-stris*<sup>22</sup>.

Cumplida cuenta dan los tratados de morfología de la forma *acer*, que en la línea de lo dicho precedentemente, como forma adjetival que era, tendría que haberse mantenido en su forma originaria no sincopada *acris*. De hecho, la forma *acer* siguió coexistiendo con la forma *acris*, primero como un simple doblete y luego como forma de femenino, una vez que *acer* se especializó como forma de masculino: en este caso por presión del modelo del masculino *niger*.

6. Puede que en este contexto sea también interesante considerar el caso del participio de presente latino. Se suele pensar que una forma como *ferens* procede de la confluencia de resultados fonéticos de un masculino *\*fer-ent-s*, de un femenino sincopado *\*fer-enti-s* e incluso de un neutro *\*fer-ent*. De haber sido así, la lengua habría renunciado a la forma de femenino o, si se quiere, a la distinción entre femenino y masculino, aunque habría reutilizado los restos de

esa forma de femenino de tema en  $-i$  en el ablativo singular, precisamente para marcar el uso adjetival del participio.

Sin embargo, según venimos viendo, esta síncope se habría producido contra todo pronóstico, toda vez que se trataba de un trisílabo con la penúltima sílaba larga y, a mayor abundancia, de un adjetivo. Así las cosas, contaríamos con un argumento añadido para la hipótesis de que, como primitivo nombre de acción, el participio de presente no necesitara una distinción de género (y, dicho sea de paso, mucho menos un género neutro). Dicho de otra forma, puede que el latín (y con él todo el itálico) no hubiera dispuesto de forma alguna en  $-ntis$ <sup>23</sup> y que en su tendencia a caracterizar los adjetivos de la tercera declinación como temas en  $-i$  se valiera de una forma de ablativo singular en  $-ī$ , propia de adjetivo, no propia de femenino, cuando el participio funcionaba simplemente como tal.



## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Allen, W. S., *Accent and Rhythm. Prosodic Features of Latin and Greek: A Study in Theory and Reconstruction*, Cambridge, 1973.
- *Vox Latina*, Cambridge-London- New York, 1978<sup>2</sup>.
- Bassols de Climent, M., *Fonética latina con un apéndice de Fonemática* por Sebastián Mariner, Madrid, 1962.
- Bernardi Perini, G., *L'accento latino*, Bologna, 2010, 5ª riveduta.
- Leumann, M.-Hoffmann, J. B., *Lateinische Grammatik, I Lateinische Laut- und Formenlehre*, München, 1977.
- Meiser, G., *Historische Laut und Formenlehre der lateinischen Sprache*, Darmstadt, 1998.
- Molina Yévenes, J., *Iniciación a la fonética, fonología y morfología latinas*, edición preparada por E. Borrell Vidal, Barcelona, 1993.
- Monteil, P., *Eléments de phonétique et de morphologie du latin*, Paris, 1970.
- Niedermann, E., *Precis de phonétique historique du latin*, Paris, 1953.
- Sihler, A. L., *New Comparative Grammar of Greek and Latin*, New York-Oxford, 1995.
- Sommer, F.-Pfister, R., *Handbuch der lateinischen Laut- und Formenlehre*, Heidelberg, 1977.
- De Vaan, M., *Etymological Dictionary of Latin and other Italic Languages*, Leiden-Boston, 2008.
- Weiss, M., *Outline of the Historical and Comparative Grammar of Latin*, Ann Arbor, 2009.

<sup>1</sup> Sommer-Pfister, p. 120: “Die Bedingungen liegen so unklar wie die der Synkope in Mittelsilben”; Niedermann, p. 48: “*i* et *o* ont été parfois absorbés dans les groupes finaux *-ris* et *-ros*”; Sihler, § 73 “Vowel loss is sometimes regular; but it is more commonly a sporadic phenomenon”, § 74 “As remarked above, the facts of L vowel loss resist generalization”.

<sup>2</sup> Vid. Monteil, p. 103, Sihler, § 74 y, sobre todo, Meiser, § 55.

<sup>3</sup> Sommer-Pfister, p. 120, Niedermann, pp. 47-48, Bassols, pp. 122-123, Monteil, pp. 102-103, Sihler § 73-74.

<sup>4</sup> Representa una sílaba, sea de la naturaleza que sea.

<sup>5</sup> Observado por Leumann § 106, por Niedermann, p. 47, para las formaciones en *-tis*; inexplicable para Sihler, § 74. 5.

<sup>6</sup> Observado por Monteil, p. 103.

<sup>7</sup> Observado por Monteil, p. 103.

<sup>8</sup> Cuando a la dental precede *n* o *r*: *-n dis*, *-n tis* o *-r tis*, según Sihler, § 306. 1; después de sonante y en algunos casos después de vocal larga, según Monteil, p. 191.

<sup>9</sup> Hay incluso quien, como Niedermann, p. 47, incluye ATROX < \**atrocis*.

<sup>10</sup> Según Monteil, p. 102, en el caso de los adjetivos como *fortis* o *dulcis*, no se produce la síncope como consecuencia de la presión de la forma de neutro singular *forte* y *dulce* donde de alguna manera persistía la -i del tema.

<sup>11</sup> El caso e) puede merecer consideración aparte.

<sup>12</sup> Meiser § 55, establece como condición para que se produzca la síncope que “der *t* bzw. *r* vorausgehende Wortkörper wenigstens zwei Moren umfasst”. Creemos que, aunque así formulado se simplifica de una forma muy sugerente la relación de una parte de los contextos, no se llega a la explicación de por qué en los casos en que sólo precedía una mora (o una sílaba breve) no se producía la síncope.

<sup>13</sup> Véase la formulación hecha por Allen, 1973, p. 177.

<sup>14</sup> 1973, p. 51, p. 131.

<sup>15</sup> Allen, *Vox Latina*, p. 30-31, 119; Weiss, p. 125.

<sup>16</sup> Schrijver, p. 120; De Vaan, *ad voc. do*.

<sup>17</sup> Cf. Sihler § 488 que, aunque cuando tiene que explicar la vocal larga de *dā* o *dās* recoge otras explicaciones, reconoce que es más simple considerar que “*dā*, *dās* then became *dā*, *dās* by regular developments involving monosyllables”.

<sup>18</sup> No obstante, Monteil, p. 104, admite una primitiva abreviación de la forma originaria \**fōr* > \**fōr* con el consiguiente cambio de timbre en \**fūr* y el posterior alargamiento en *fūr*, que es la forma documentada en latín. Parece, sin embargo, que, aunque la abreviación de una vocal larga en sílaba final cerrada por consonante distinta de -s es un proceso que arranca de época preliteraria para las secuencias -Vm#, incluso monosilábicas, el proceso no se consuma hasta una fecha reciente para las secuencias -Vt#, -Vr# -Vl# y en estos dos últimos casos sólo si se trata de polisílabos. De hecho, últimamente se obvia el estadio de abreviación preliteraria supuesto para explicar el cambio de timbre de *for* a *fur* entendiendo que éste se produjo directamente de *fōr* a *fūr*. Así, por ejemplo, Sihler, § 52. 3a, Schrijver, p. 120; De Vaan, *ad vocem fur* o *cur*.

<sup>19</sup> Vid. Meisser, 59, 3; Weiss, p. 123.

<sup>20</sup> Bernardi Perini, p. 51; Allen, 1970, p. 87; Weiss, p. 110.

<sup>21</sup> Leumann § 357, 2.

<sup>22</sup> Weiss, p. 320, notas 82-86.

<sup>23</sup> Este es el parecer de Leumann: “Im Italischen bestehen dafür keine eindeutigen Zeugnisse: Die Rückführung von ptc. fem. *ferens* auf eine -i-Form (nt-i > -enti-s > -ens)...ist

nicht zwingend...Sie müsste übrigens auch auf fem. *audāx* anwendbar sein”, § 354. 4 c; ver también § 357, 3. Molina Yévenes (§ 236), por su parte, no ve muy clara la forma femenina. Dice, en concreto: “resulta sospechoso que no haya ejemplos de *-i-* mantenida, como sucede en los sustantivos”. También Weiss, p. 197: “Latin, if ever had such a system, has eliminated it”.